

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 411.

MADRID 16 DE MARZO DE 1844.

Segunda serie



LA PIEL DE ZAPPA.

NOVELA DE BALZAC.

—¿Posees como tu tocayo un noble y terrible conspirador que te adore y sepa sacrificarse en tu obsequio? Preguntó con viveza Emilio alentado por este pensamiento poético.

—Le tuve, repuso ella, mas era mi rival la guillotina: por eso entre mis adornos elijo siempre alguno de color de púrpura, para que mi alegría se encierre en ciertos límites.

—Oh si le dejaseis referir la historia de los cuatro jóvenes de la Rochela, sería cuento de no acabar nunca... Ea, cállate, Aquilina. ¿Acaso no tienen todas las mugeres un amante á quien consagrar sus lágrimas? No todas han tenido como tu la fortuna de haberle perdido en el cadalso. ¡Ah! antes de ver yo al mio al lado de una rival preferiría que yaciese en un hoyo de clamores.

Estas frases tan cruelmente lógicas fueron pronunciadas por una voz dulce y melodiosa, por la mas inocente, la mas linda y la mas gentil criatura, que, segun la espresion de Horacio Walpole, haya surgido jamás de un huevo encantado.

Se habia acercado allí de puntilla, y ostentaba un rostro delicado, talle esbelto, ojos azules radiantes de modestia, pura y serena frente: no se hubiera mostrado mas tímida, mas blanca ni mas candorosa una nayada fuera de la linfa de las aguas. Parecia tener como diez y seis años, ignorar el mal, ignorar el amor, desconocer las borrascas de la vida, y como si acabára de salir de un templo de orar ante los ángeles para que Dios la llamára á sí antes de llegada su hora.

Solo en Paris se encuentra esa clase de criaturas de rostro cándido, que ocultan bajo una frente tan dulce, tan tierna como la flor de la margarita, la depravacion mas profunda, el vicio en todo su refinamiento.

Engañados al pronto por las celestes promesas escritas en los atractivos de aquella joven, aceptando Emilio y Rafael el café que les derramaba en las tazas que Aquilina les habia presentado, comenzaron á dirigirla preguntas.

Entonces acabó de transfigurarse por una siniestra alegría, á los ojos de los dos poetas, no sé que faz de la vida humana, oponiendo á la áspera y apasionada espresion de su terrible compañera el retrato de esa corrupcion fria, voluptuosamente cruel, sobrado arriesgada para cometer un crimen, y con harta firmeza para reirse despues de haberlo consumado; especie de monstruo sin corazon, que castiga á las almas tiernas y sensibles por esperar emociones de que está privado, que tiene siempre de sobra un gesto amoroso para ponerlo en venta, que posee lágrimas para asistir al entierro de su víctima, y alegría para leer por la noche el testamento.

Un poeta hubiera admirado á la hermosa Aquilina: el mundo entero debia de huir de las seducciones de Eufrosia. La una era el alma del vicio, la otra el vicio sin alma.

—Desearia saber, dijo Emilio á aquella encantadora criatura, si piensas en el porvenir algunas veces.

—El porvenir! repitió Eufrosia sonriéndose. ¿Y á qué dais el nombre de porvenir? ¿Para qué he de pensar yo en una cosa que no existe todavía? Yo nunca miro ni hacia atrás ni hacia adelante. ¿No me basta ocuparme á la vez de todo un día? Además, ya sabemos cual es nuestro porvenir... el hospital.

—¿Cómo puedes contemplar el hospital desde aquí sin poner los medios necesarios para evitar que ese duro porvenir se cumpla? preguntó Rafael.

—¿Y que tiene el hospital de espantoso? repuso la imponente Aquilina. Cuando no somos ni madres, ni esposas: cuando la vejez nos brinda por todo agasajo medias de lana para nuestras piernas y arrugas para nuestra frente: cuando se mar-

chitan nuestros hechizos de mugeres y se agosta el contento en los ojos de nuestros amigos. ¿Que nos queda en el mundo? Entonces ya no veis en nosotros sino el fango de nuestra naturaleza primitiva, que anda en dos pies mustia, descompuesta, y produciendo el mismo ruido que las hojas secas en otoño y arrebatadas mas tarde por el cierzo. Andrajos parecen entonces nuestras galas. El ámbar que embalsamaba el recinto de nuestros gabinetes se corrompe: entre aquel lodo hallais un corazon y lo escarneceis: ni aun le consagrais una memoria. Cuando esa edad llega triste y descarnada ¿que mas nos dá arrastrar nuestra caduca vida en un magnifico palacio cuidando perros, ó en un hospital escogiendo harapos? Toda la diferencia consiste en cubrir nuestras canas con un pañuelo de yerbas, ó con una palina de encaje, en sentarse junto á una dorada chimenea, ó en calentarse en torno de un harreño con mas cenizas que ascuas.

—¿Aquilina mia! Jamás te esplicaste con tanto juicio en medio de tus desesperaciones, repuso Eufrosia. Si, solo en la juventud sientan bien, la cachemira, los perfumes, el oro, la seda, el lujo, y todo cuanto brilla y resplandece. Solo el tiempo podria salir triunfante de nuestras locuras; pero la felicidad nos absuelve. ¡Ah, ah! mas quiero morir de placer que de enfermedad... Ni tengo la mania de la perpetuidad, ni me inspira gran respeto la especie humana. Dadme millones sobre millones y vereis como los disipo. No reservaria ni un solo real para el año venidero; vivir para agradar y para reinar! Tal es la sentencia que formula cada latido de mi corazon... Y la naturaleza lo sanciona pues provee á mis disipaciones. ¿Y sino porque todas las mañanas cobro la renta que gasto por la tarde? Puesto que nos hallamos entre el bien y el mal, muy tonta sería yo si no procurara divertirme.

—¿Y los demas? dijo Emilio.

—Los demas, que se arreglen como puedan. Prefiero reirme de sus penas antes que llorar las que ellos me causen, bien es que desafio al hombre mas desdichoso á ver si es capaz de hacerme sufrir la menor pesadumbre.

—Mucho debes haber sufrido para pensar de ese modo.

—Me he visto abandonada por una herencia, dijo tomando una actitud gallarda que dió extraordinario realce á todas sus seducciones. Me ví abandonada, y eso que habia pasado los dias y las noches para que mi amante no careciese de nada. ¡Ah! no quiero ser ya víctima de ninguna promesa, de ninguna sonrisa, y es mi voluntad que sea mi vida una perpetua fiesta.

—Pero la verdadera felicidad proviene del alma, dijo Rafael.

—Por eso mismo, repuso Aquilina, ¿no es mucho verse admirada, alhagada, triunfar hasta de las mugeres virtuosas, anonadándolas con nuestra hermosura y opulencia, y gozando en solo un dia mas que ellas en diez años?

—¿No parece dichosa una muger sin virtud? dijo á Rafael Emilio.

Lanzándole Eufrosia una mirada de vívora, respondió con inimitable acento de ironia.

—¿La virtud! Nosotras se la cedemos á las feas y á las jorobadas. ¿A no ser por sus defectos que harian las pobres mugeres?

—¿Cállate, gritó Emilio, no hables de lo que no entiendes.

—¿Con que no lo entiendo! dijo Eufrosia. Consagrarse por toda la vida á un ser que nos detesta, educar hijos que nos abandonen, y á quienes demos las gracias cuando el corazon nos hieren. ¡Ved ahí las virtudes que preceptuais á nuestra flaqueza. Y todavia en recompensa de esa abnegacion venis á imponernos dolores procurando seducirnos. Si hay resistencia, nos comprometéis á los ojos del mundo. ¡Envidiable vida por cierto! Vale mas vivir libres, amar á los que nos agradan, y morir jóvenes.

—¿Y no temes pagar en su dia todas esas culpas?

—Para no mezclar ni confundir mis pesares con mis placeres, dijo ella, he resuelto dividir mi vida en dos partes: en una juventud alegre de todo punto, y en una vejez incierta en la que sufriré cuanto os acomode.

—¿No ha amado nunca! dijo Aquilina con profundo acento. Nunca ha caminado cien leguas para devorar entre delicias una negativa y una mirada. No ha tenido su vida pendiente de un cabello, ni ha tentado dar de puñaladas á siete hombres solo por salvar á su soberano y dueño. Para ella ha consistido en un bizarro coronel...

—¿Hé, hé! Ya vas á contarnos lo de la Rochela. El amor es como el viento y no sabemos de donde sopla. Además si te hubiese amado un estúpido aborrecerías á los hombres de talento.

—Nos prohibe el código amar á las gentes fieras; replicó Aquilina en tono irónico.

—Tu eres mas indulgente con los militares; dijo Eufrosia sonriéndose.

—¿Son venturosas en poder abdicar su razon! exclamó Rafael.

—¿Venturosa! dijo Aquilina sonriendo de terror, de lástima y lanzando á los dos amigos una horrible mirada. ¡Ah! no sabeis cuan horrible es hallarse condenada al placer con la muerte en el corazon.

En este momento se levantó por todas partes estraña gritería. Contemplar aquellos salones equivalia á poseer una vista anticipada del Pandemonium de Milton. Se agitaban allí locas danzas animadas por su salvaje energia: las llamas azules del ponche coloraban los semblantes de infernales tintas: estallaban las risas como detonaciones de una funcion de pólvora. Tambien participaba aquel salon de las apariencias de un campo de batalla sembrado de cadáveres y de moribundos. La atmósfera estaba condensada. Habiendo tendido la embriaguez un ténue velo sobre todas las miradas, cada cual hacia ver en los aires una rogiza nube ceñida de vertiginosos vapores. Se habia formado, como en las bandas luminosas de un rayo del Sol, un brillante polvillo, á través del cual se distinguian las mas caprichosas formas, las mas grotescas luchas y los mas prodigiosos grupos confundidos con los blancos mármoles, admirables obras maestras de esculturas, que servian de ornato ó aquellos magníficos aposentos.

Aun cuando los dos amigos conservasen todavia cierta especie de lucidez engañosa en las ideas y en sus órganos como el postrer estremecimiento, simulacro imperfecto de la vida, les era imposible conocer lo que habia de real en las estrañas fantasias, y de verdadero en los cuadros sobrenaturales, que herian de con-

como sus asombrados ojos. El sofocante cielo de nuestros delirios, la suavidad, que contrasta los objetos y las formas de nuestros ensueños, y sobre todo esa agilidad cargada de enormes cadenas, todos los fenómenos, en fin, del sueño les asaltaban con tal viveza que los juegos de aquella borrachera pasaban por sus cabezas como los caprichos de una pesadilla. Había allí movimiento sin tumulto, clamores imperceptibles para el oído, embriaguez, amor, delirio, olvido del mundo, y todas estas pasiones se retrataban en todos los pechos, en todos los semblantes, en la atmósfera, en los tapices y en el seno de aquel incomparable desorden.

Entonces el ayuda de cámara, el favorito de la servidumbre consiguió no sin trabajo que saliera su amo á la antesala y le dijo al oído.

— Señor, todos los vecinos se asoman á los balcones y se quejan de este cipi-zape.

— Si les asombra el ruido que pongan hálago en sus puertas, dijo el anfitrión.

[Continuará.]



REVISTA DE TEATROS.

Presentóse en la escena del Principe el señor Robbio con el despejo de la inteligencia y la decorosa postura de la buena educación. Recibióle el escogido público, que concurriera á escucharle, con un murmullo de aprobacion, apagándolo súbitamente el primer acorde de su violin. Una variacion sobre el tema de un «andante» de la Sonnambula sirvió de introduccion al motivo, y en ellas hizo brillar, la posesion del instrumento, la firmeza en la afinacion, la seguridad en las claves, y el dominio absoluto sobre toda la tesitura del diapason. El público prorrumpió en tales aplausos que la fisonomía del artista reveló la satisfaccion de su triunfo, y la confianza de que se hallaba animado. Entonces tocó el tema de sus variaciones, y entonces el público admiró lo que hasta ahora no habia conocido. La voz cantante del violin arrojó un tono tan robusto, vibrante y claro, tan sonoro expresivo, dulce y melodioso, que ni es dable concebir, ni es posible explicar; el acompañamiento de la orquesta se hizo imperceptible, y fué difícil acallar el entusiasmo para no perder los acentos que el instrumento lanzaba. Parecia que el alma de Paganini residia en el instrumento que legaba en su caro discipulo. Este poseido cada vez mas, ejecutó de uno en otro período tan variantes dificultades, que el público al fin de la sonata le obligó á presentarse, despues de bajado el telon, para que recibiese superabundantes muestras de benevolencia. Pero no llegó á colmo la locura pública, hasta que volviendo el señor Robbio á aparecer en la escena comentó uno de los caprichos Wals de Straus.

Razon hubo para ello, porque el artista inspirado por el angel de la melodía ó embargado por el demonio de la música, toma algo de fantástico inventando ingeniosos, ridículos y extravagantes desvarios, sobre mas extravagantes motivos. Nada comparable con este frenesí ó delirio músico. Perdiase el instrumento bajo una mano que movia sobre el, un millon de dedos, prolongábase el arco desmesuradamente por la rapidez de su carrera, á manera que la palanca de un volante aparece redonda por la velocidad de su vuelo, los sonidos del violin eran ya un torrente de frases armónicas arrojadas á la par por cuatro cuerdas que le centuplicaban en cien acordes distintos, ya el agudo gorgojo de una alondra que se remontaba hasta las nubes, ya la robusta voz del Rucio de Sancho Panza que hace prorrumper en risas al auditorio. Interin esto sucedia, el arrebato músico habia desvaratado la elegante postura del artista: el delirio se apoderaba de el, y el arco, el violin, las manos, la cabeza, las piernas, todo su cuerpo, se movia, se agitaba, se afanaba y arrojaba notas musicas hasta por los baldones de su casaca. El público loco, entusiasmado y frenético como el

aplaudia gritaba, y... No hubo remedio, el señor Robbio tuvo que aparecer de nuevo en la escena á repetir algunos pasages de su concierto. Notose entonces que los improvisaba.

En la noche siguiente que se presentó produjo igual efecto.

En el teatro del Circo se ha vuelto á poner en escena la NORMA. La empresa es dueña de hacer lo que guste y por eso creemos nosotros que habrá obligado á la señora Baso Borio á cantar esta ópera; pero no porque á ella se la antoje han de ponerse los cantantes en ridiculo. Nadie nos negará que es la partitura en que mas triunfos ha alcanzado nuestra compatriota la señora Villo, queriendo despues de que hace poco tiempo se la hemos oido á ella, que la cante otra persona, que para otro género podrá valer mas, pero que para ese no, es querer que la silven.

El público estuvo en su lugar silvando.

Tenemos entendido que la empresa del teatro del Circo trata de ajustar para el próximo año cómico á la señorita doña Plácida Tablares en clase de primera dama. Si esto es así, nosotros no podemos menos de aplaudirlo, cuando no son conocidas las buenas cualidades que á dicha señorita adornan y lo mucho que promete ser en la escena española.

Una de estas noches pasadas se han presentado tres hermanos á cantar en el teatro del Circo. A nosotros se nos ocurrió cuando los vimos aquel cantar de «Tres eran tres, las hija de Elena» etc. El público sacó su escote, pues es bien seguro que nunca se ha divertido tanto con los cantantes. Lo que es para prueba, nos pareció que los señores Zaragoza debieron quedar altamente satisfechos del público entusiasmado. ¡Qué algazara! ¡qué silvidos!

VARIEDADES.

Sabemos que el señor Boix está haciendo una edicion económica en cu tro tomitos y en 16. = marquilla con grabados de madera de una obrita titulada: «Escuela de las costumbres» la cual se dará por 24 rs. en rústica á los suscritores del Diario de Avisos y Nuevo Avisador; se repartirán al público dos tomos mensuales.

Asimismo sabemos se ocupa de la reimpresion de muy buenas obras místicas del mismo tamaño y con grabados en madera, entre ellas se cuenta un «ordinario de la misa» de letra gorda para las personas que lo desean así.

Se halla en prensa la cuarta entrega de las lecciones de derecho político que explica en el Ateneo de esta córte don Antonio Alcalá Galiano y que tan favorable acogida van teniendo por parte del público: continúa abierta la suscripcion en la librería de su editor don Ignacio Boix.

Hemos leído el primer tomo de las lecciones de elocuencia forense y parlamentaria que hace dos años explica en el Ateneo el ilustrado don Fernando Corradi. Recomendamos su lectura á cuantos se dedican á la carrera de las letras, por las buenas reglas que contiene y por la suma erudicion que adorna á estas lecciones.

Se halla de venta en las librerías de Monier y de Cuesta á 18 reales en rústica y 20 encuadernado con la carpeta.

Dumont y Compañía, comedia en un acto, traducida del francés; se hallará en las librerías de Perez, calle de Carretas, y de Cuesta, calle Mayor.

COMUNICADO.

Señores redactores de la Revista de Teatros:

Muy señores nuestros: en vista de un anuncio inserto en el número de hoy, con respecto á «unas nubes» ESTRADAS «de casa del señor Espin» la noche del 11, y como en esto vemos «una idea directa» para desacreditarnos, á unos como redactores de «La Iberia Musical y Literaria» y á otros como suscritores, aseguramos que el autor del citado anuncio ó sabe quien es el LADRON ó es el mismo que las ha robado, y de ello estamos prontos á responder los infrascritos.—Madrid, 13 de marzo de 1844.—Mariano Soriano Fuertes.—R. de Valladares y Saavedra.—Teodora Guerrero.—Cármén Villamartie Valiente.—Atanasio Salazar.—Manuel de Monserrat.—Diego Fernandez de la Vega.—Santos Rosado.—A. Governore.—Miguel Bautista.—Mariano Urrabieta.

TEATROS.

De la Cruz.

A las siete y media de la noche: La comedia nueva, original, en dos actos, titulada: JUAN DE LAS VIÑAS. Paso Escocés, bailado por doña Matilde Saavedra y don Manuel Casas. La comedia en un acto y en verso, titulada: SOFRONIA. Boleras de Los dos Figaros, bailadas por la señora Flores y el señor Casas. Terminará el espectáculo con la pieza nueva, en un acto, titulada: DUMONT Y COMPAÑIA.

Del Principe.

A las siete y media de la noche: El drama nuevo, en cuatro actos y en verso, titulado: BANDERA NEGRA, Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

Del Circo.

A las siete y media de la noche: Ultima representacion de LOS PURITANOS.

IMPRESA DE BOIX.